

Cuentos & Cuentistas

Dashiell Hammett, el fundador

Bartolomé Leal, desde Santiago

Samuel Dashiell Hammett (1894-1961) es reconocido como el primer gran maestro del estilo de narrativa detectivesca conocido como *hard-boiled*. Su escritura descarnada y enriquecida de jerga, sus personajes cínicos y violentos, más sus tramas complejas cargadas de contexto social y urbano, provocaron una renovación de la literatura popular norteamericana por los años 20 y 30, los llamados *pulp*, introduciendo un nivel de calidad literaria y eficacia narrativa que influirían posteriormente en la producción del género negro y más allá de él. Como ha señalado con agudeza Ellery Queen, su fuerza fundacional reside sobre todo en “la estrecha unión de romanticismo en los temas y realismo en los caracteres”. Agrega Robert B. Parker (el creador del detective Spenser, de Boston): “es la visión de un universo dominado implacablemente por el azar lo que conforma casi toda la obra de Hammett.”

Hammett escribió más de 80 cuentos cortos y cinco novelas, éstas últimas en un breve período de seis años (entre 1929 y 1934), tras lo cual prácticamente dejó de escribir, sumido en todo tipo de tribulaciones personales. Es el creador de dos de los detectives más paradigmáticos del *noir*: Sam Spade y el Agente de la Continental. Éste es el protagonista de 36 de sus cuentos. De él me voy a ocupar mayormente en esta nota. El primer cuento del Agente, titulado “Arson Plus”, fue publicado en el número de octubre de 1923 de la revista *Black Mask*, con el seudónimo de Peter Collinson. De allí siguió Hammett produciendo relatos hasta 1930, cuando publica “Muerte y compañía” en *Black Mask* de noviembre de 1930. Todos los cuentos aparecieron luego recopilados en libros.

En ninguno de ellos se revela el nombre del detective, manteniéndose en la nebulosa del anonimato. Dashiell Hammett mismo fue detective de la Agencia Pinkerton, y sin duda su experiencia está volcada en estos textos. Tal efecto de identificación se halla reforzado por el hecho que los relatos están escritos en primera persona. El Agente de la Continental en *Black Mask* es un sabueso diferente al macho recio a que estaban acostumbrados los lectores de los *pulps*. Un detective regordete, relativamente bajo aunque fuerte, de edad mediana y nada seductor. Lo que a él le interesa es hacer bien su

trabajo, cumplir con los clientes y que no dejen de pagarle su remuneración cuando corresponde, aunque eso signifique agarrarse a bofetadas o intercambiar balazos con gánsteres profesionales o asesinos aficionados (hombres y mujeres). Por eso mismo es incorruptible; no por una ética demasiado sólida, sino porque simplemente le da la gana ser así. Tampoco enfrenta a los policías, en general les colabora amigablemente.

Antes de entrar en materia, cabe mencionar que cuatro de los cuentos del Agente fueron refundidos para producir la novela *Cosecha roja* (1929) y otros cuatro para *La maldición de los Dain*, publicada el mismo año. Una técnica que Raymond Chandler llamaría “canibalización” y que practicó él mismo con sus propios relatos cortos. De modo que los cuentos independientes del Agente de la Continental de Dashiell Hammett son 28... ¿Tienen algo en común estos relatos? Por cierto que mucho, y me voy a remitir a un especialista para analizarlos, Steven Marcus, quien ha publicado estudios y antologías de la cuentística de Hammett. Siguiendo libremente a Marcus, el esquema de estos cuentos se puede resumir así:

1. El Agente es contratado para trabajar en un caso. Esto es el resultado de un llamado, de alguien que llega a su despacho, de un encargo de la Agencia, de un encuentro más o menos casual. Puede tratarse de un asesinato, una desaparición, la vigilancia de una persona amenazada, un secuestro, etc. Por lo general no hace cuestión del caso que le toca.

2. El Agente se apersona en el lugar de los hechos, interroga a las personas involucradas, que pueden ser inocentes o culpables, no es evidente al inicio. Con lo que recoge de estas entrevistas, se forma una idea preliminar de lo que acontece, sabiendo que lo más probable es que lo estén tirando por el desvío.

3. El Agente investiga sobre lo que ha averiguado, confronta versiones, obtiene información adicional, espía o sigue a testigos. En este proceso sufre más de una presión física o moral, intentan sobornarlo o seducirlo, matarlo incluso. Suele ocupar a otros operativos de la Agencia como apoyo; y también a todo tipo de ayudistas o soplones, en muchos casos bastante poco confiables.

4. El Agente descubre que la verdad expresada por los involucrados es una construcción, no necesariamente falsa pero sí sesgada o parcial, una ficción en suma, que ha suplantado a lo que ha ocurrido efectivamente.

5. El Agente se dedica a desbaratar, a deconstruir esa ficción para acercarse a la realidad y reconstruir, en base a ella, una nueva ficción, auténtica, a menudo por la vía de la confesión detallada de parte del o de los autores de las trasgresiones a la ley.

Esta estructura narrativa, que parece simple pero puede dar lugar a múltiples combinatorias con amplias posibilidades literarias, le permite a Hammett elaborar descripciones, situaciones, personajes y acciones de la mayor variedad. Es un esquema dialéctico, hegeliano, de exacerbación de las contradicciones y de desarrollo de la clásica secuencia tesis-antítesis-síntesis. Hammett era un marxista confeso, un militante comunista que no claudicó jamás, se negó rotundamente a delatar, y por ello sufrió la cárcel, el repudio y la humillación. Y esto se halla expresado no sólo por la forma en que maneja este esquema, sino por la presencia más o menos detallada, según el relato, de las contradicciones de clases sociales que lo hacen posible.

Un ejemplo magnífico es “El saqueo de Couffignal”, cuento donde Hammett juega con el fantasma de la revolución social en una isla. Hay enfrentamientos que parecen de clases sociales, con ecos de los levantamientos bolcheviques, pero en realidad se trata de delincuentes organizados como un ejército. Hay personajes en apariencia pertenecientes a las clases privilegiadas, nobleza europea incluida, pero en realidad se trata de los peores crápulas. Hay otros personajes humildes, secundarios, que mueren sin pena ni gloria en los combates, auténtica carne de cañón. Y el Agente de la Continental, que ha sido contratado para proteger los regalos de una boda, no se tienta ni con las riquezas ni con las carnes deliciosas de una princesa rusa, y no vacila en... Bueno, tienen que leerlo. Cabe señalar que este cuento ha sido distinguido como una suerte de anticipo de *Cosecha roja* y *El halcón maltés*, novelas cimera del arte de Dashiell Hammett.

Un paseo por otros cuentos de Hammett, sin el Agente ni tampoco tan apegados al canon recién descrito, no deja de traer sorpresas para el lector atento. Marxista y todo, Hammett no tiene nada que ver con los pesados cultores del llamado “realismo socialista”, justamente olvidados; el entorno donde desarrolla sus relatos no es determinístico sino estocástico, conducido por la casualidad y no por los planes. “Itchy” es un cuento de 1924 recientemente reeditado, que juega con la conciencia literaria, es decir la influencia de los libros en el comportamiento de ciertas personas, como este delincuente dandy que busca emular a los antihéroes de la literatura, movido por el albur

de sus lecturas baratas y confundiendo el arte literario con las noveluchas que devora, una graciosa autoflagelación de Hammett que ganó su vida precisamente con las contribuciones a los *pulp*. El cuento “Un hombre llamado Spade” nos introduce al mefistofélico y fríamente distanciado, aunque verboso y teatral, protagonista de *El halcón maltés*.

Igualmente significativo es el cuento “El ayudante del asesino”, que describe al detective más feo de la ciudad (San Francisco, donde transcurre buena parte de la narrativa de Hammett), un cuasi marginal expulsado de la policía que acepta los trabajos más viles, pero que es competente en lo suyo. Una víctima de sus carencias físicas, otro chiste de Hammett, que cultivaba su aire de buen mozo. “El ángel del segundo piso” es el obligado cuento, muy propio de la cultura *pulp*, acerca de las vicisitudes de un escritor enfrentado a una atractiva ladrona, donde halla la posibilidad de conseguir historias y a quien tiene que salvar de las garras de la policía y de los malandros de Nueva York, el paraíso para los escritores que buscan la esquivada fama. Pero la mujer es una trampa...

Leer los cuentos de Dashiell Hammett es un placer sin igual. No hay espacio para referirse a todos los aspectos de su arte, sólo quiero citar (ver recuadro) algunas de sus descripciones de personajes femeninos, como ejemplos de inteligencia, humor y perspicacia narrativa. Ellas siempre están presentes en los relatos más jugosos: “Las caras de los policías se iluminaron y sus miradas se agudizaron. Supongo que la mía también. Son muchos, muchísimos, los crímenes en que no hay falda de por medio, pero es raro el asesinato notable en que no hay complicada una mujer” (“La décima pista”).

Referencias

- *El Agente de la Continental*, Alianza Editorial, Madrid, 1977 (contiene siete cuentos y un ensayo de Steven Marcus).
- *El gran golpe*, Bruguera, Barcelona, 1962 (contiene cinco cuentos, tres del Agente)
- “El saqueo de Couffignal”, en Ellery Queen’s Mystery Magazine, Año I No. 3, Febrero 1976 (edición argentina).
- “Itchy” en http://omega.ilce.edu.mx:3000/sites/rincon/trabajos_ilce/concie/htm/sec_11.htm
- “La herradura dorada” en <http://www.dreamers.com/lospulps/pagp5.html>
- *Sólo te ahorcan una vez*, Seix Barral, Barcelona, 2005 (contiene diecinueve cuentos, siete del Agente).

Cherchez la femme chez Hammett

Creda Dexter era una mujer menuda de poco más de veinte años. Lo que más destacaba en ella eran sus ojos, unos ojos grandes y profundos de color del ámbar, con pupilas que se movían incesantemente, cambiando de tamaño, expandiéndose o contrayéndose, unas veces con lentitud y otras con rapidez, pasando súbitamente del tamaño de una cabeza de alfiler a amenazar con invadir el iris ambarino. Aquellos ojos revelaban que se trataba de una mujer marcadamente felina. Todos sus movimientos eran lentos, suaves, seguros como los de una gata. Las líneas de su bonito rostro, el contorno de su boca, la nariz breve, la forma de los ojos, la hinchazón de las cejas, todo en ella era felino. Y venía a corroborar esa sensación el modo en que peinaba sus cabellos que eran sedosos y oscuros (“La décima pista”).

La Sra. Aschcraft nos recibió en una salita del segundo piso. Era una mujer alta de unos treinta años de edad, vestida con un traje gris que subrayaba su esbelta belleza. El adjetivo que mejor la describía era el de “clara”; claro era el azul de sus ojos, el tono rosado de su piel y el castaño de sus cabellos (“La herradura dorada”).

La muchacha entró en la habitación y se situó dentro del círculo de luz amarilla que proyectaba la lámpara. Tenía poco más de veinte años y era esbelta y flexible... Su tez pálida destacaba bajo una masa de cabellos cortos del color del fuego. Sus ojos, demasiado apartados el uno del otro para inspirar confianza aunque no lo bastante para disminuir un ápice su belleza, me miraban traviesos, y su boca roja reía abiertamente mostrando unos dientes de puntas afiladas... Era tan bella como Lucifer y dos veces más peligrosa (“La casa de la calle Turk”).

Era más bien baja, de unos treinta años de edad y llevaba un vestido de un naranja brillante. Tenía la piel morena como la de una india, los hombros oscuros y torneados y pies y manos muy pequeños. Llevaba los dedos cargados de anillos. La nariz era fina y curvada, los labios gruesos y los ojos tan rasgados que apenas pude distinguir el color. Eran dos destellos oscuros velados por largas pestañas. El cabello era negro y estaba despeinado en airosas guedejas sedosas... En conjunto tenía una apariencia extraña, lo que no significa que no fuera hermosa. Era una belleza salvaje (“El Menda”).

Luego me presentó a su mujer, que me hizo un saludo con la cabeza sin levantarse de la silla que ocupaba junto a la mesa. En apariencia no contaba más que un tercio de la edad de su marido. Debía tener unos diecinueve años, pero parecía que tenía dieciséis. Era aproximadamente de la misma estatura que éste y tenía el rostro cetrino, hoyuelos en las mejillas, ojos castaños y redondos, labios gruesos muy pintados y el aire de una muñeca cara en el escaparate de una juguetería (“La muerte de Main”).

Le dije quién era. Me tendió la mano y me presentó a los demás. La mujer era su hija. Tenía unos treinta años de edad, una boca de labios gruesos muy semejante a la de su padre, los ojos oscuros, una nariz corta y recta, y la piel casi incolora. En su cara había algo de asiático. Era atractiva, pasiva y carecía de inteligencia (“El crimen de Farewell”).